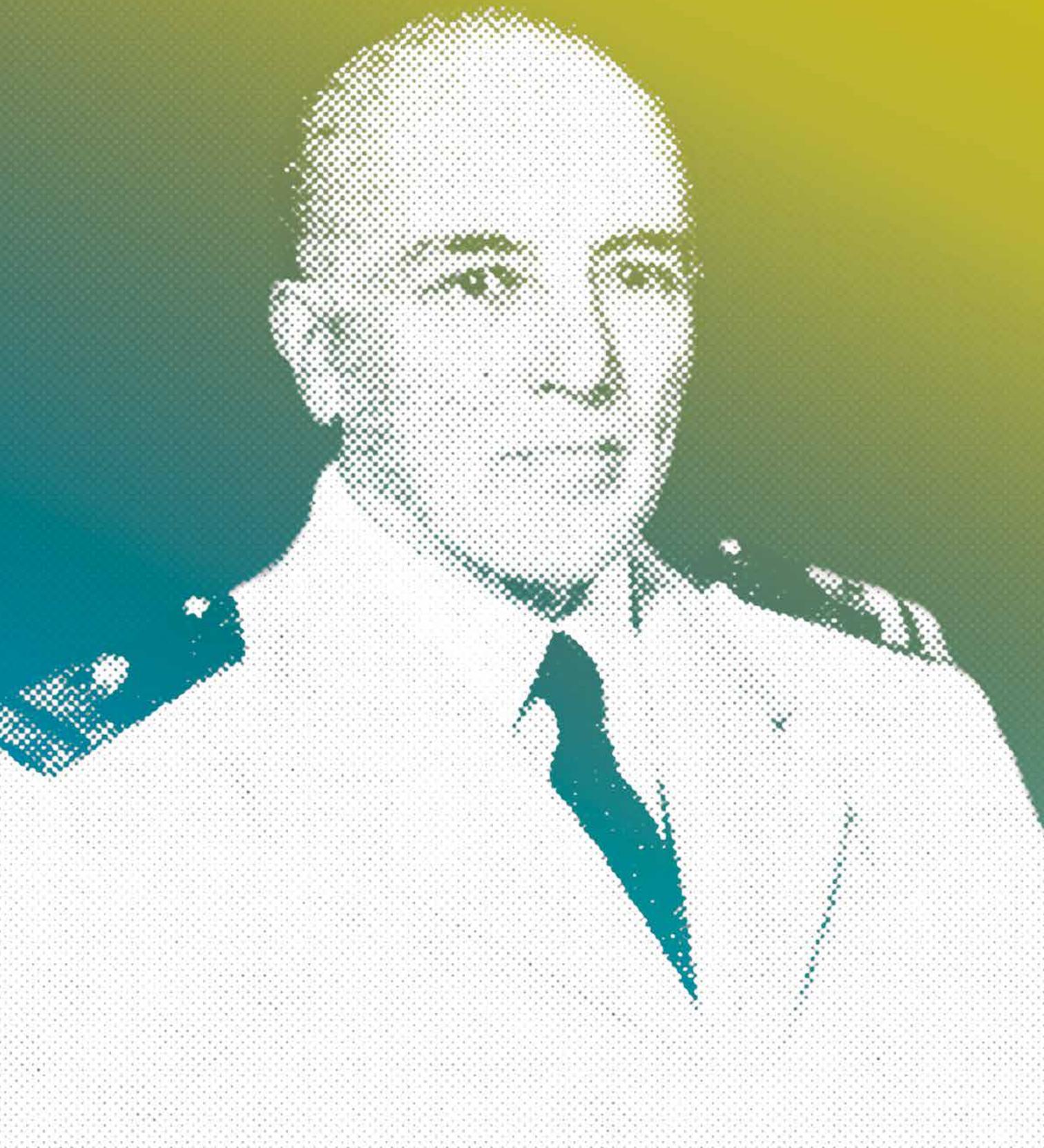


FAUSTO DELGADO

Señor Luis A. Merlo Flores



Tendría unos nueve años cuando iba tan feliz por la acera de la calle Florida caminando de la mano de mi padre. Nos dirigíamos hacia la Dirección General del Personal Naval —que se encontraba en la esquina de Florida y Viamonte— donde era el jefe.

El hecho es que yo iba muy distraído con todo lo que sucedía a mi alrededor cuando mi padre se detuvo de pronto, y debió de haberme dado un tirón de la mano para que yo hiciera lo mismo.

Había visto a una persona que venía por la misma acera caminando en sentido contrario, a quien saludó con gran deferencia. Se trataba de un hombre más bien menudo, de mayor edad que mi padre, y me pareció que tenía gran placer de encontrarse con él.

Se pusieron a charlar, y yo me desentendí de ambos y me concentré en observar al resto de los transeúntes. Luego, me arrepentí de mi desatención, porque si hubiera sabido quién era dicho señor, lo hubiera mirado con detenimiento y hubiera prestado atención a sus palabras.

De cualquier manera, ambos estuvieron un buen rato hablando, lo suficientemente largo para que me cansara de observar pasantes y deseara continuar con nuestro camino.

Al cabo de un buen rato, se despidieron. Mi padre y yo reanudamos nuestro camino, y su amigo siguió en sentido contrario. En cuanto nos alejamos lo suficiente, mi padre se inclinó y me preguntó: «¿Has entendido bien de quién se trataba?», a lo cual no pude menos que responderle que no tenía la menor idea.

Con un tono en el que se vislumbraba su admiración y respeto por el personaje, me dijo: «Ese señor que acabas de ver es Fausto Delgado». Efectivamente, algo había yo escuchado sobre Fausto Delgado y, al enterarme que de él se trataba, volví la cabeza para ver si aún podía verlo, pero desgraciadamente ya se había alejado.

Insté a mi padre a que me hablara sobre Fausto Delgado, pero poco pudo decirme, porque ya casi estábamos en la Dirección del Personal, donde debió entretenerse con otros temas.

Sin embargo, al liberarse de su trabajo, me dijo: «Ahí donde lo ves, es posiblemente el hombre más condecorado en el ámbito internacional por salvatajes en alta mar». Y agregó: «Muchos países le han otorgado su público reconocimiento por acciones donde él ha salvado muchas vidas a riesgo de la suya»;

«En la actualidad, ya hace años que se encuentra retirado de la Marina, pero es una auténtica leyenda viva para todos quienes lo hemos conocido»; «Fausto Delgado ya era teniente de fragata cuando yo egresé como guardiamarina en 1916. Calculo que me debe llevar unos diez años»; «Estoy convencido de que es el hombre con más coraje que jamás haya conocido»;

El Señor Luis Arturo Merlo Flores pasó la mayor parte de su niñez en Puerto Belgrano. Estuvo en la Escuela Naval Militar desde 1945 hasta 1949.

Estudió en la George Washington University (EE. UU. 1949-1951), es Ingeniero Civil de la UBA (1951-1957) y Oficial de la reserva aeronaval (Instr. Tte. Urtubey, 1954), Columbia University postgrado (EE. UU., 1957).

Se desempeñó como Ammann&Whitney Design Engineer (NYC, 1957-1958), Caterpillar Tractor Co. Service Engineer (1958-1961), Galion Iron Works International Marketing Manager (1962-1965), Allis Chalmers Marketing Manager Western Europe and Africa (1965-1977), Presidente Grove Cranes International Bruselas (1977-1980), VP automóviles Fiat Concord BAires (1980-1981), Consultor de empresas y aprendiz de escritor.

sus hazañas son realmente increíbles y fueron llevadas a cabo en el Atlántico Sur, es decir, en el mar más violento y peligroso que existe en la Tierra».

Pasaron muchos años desde aquel encuentro casual hasta que conocí algunos fragmentos de la historia de Fausto Delgado.

Por alguna razón, mi padre, que había pasado veinte años de su vida en los mares del sur, rara vez contaba sus inevitables aventuras y las anécdotas de esa vida en la frontera del mundo. Incluso en su libro *Lobos de Mar* se le quedaron en el tintero la mayoría de sus hazañas.

En ese encuentro casual, Fausto Delgado le habló de sus penurias económicas, ya que, con la inflación, su pensión de la Marina apenas le alcanzaba para comer y no muy bien.

Para mi padre, era inadmisibile que uno de los grandes héroes de la Marina tuviera problemas económicos, de manera que, ese mismo día del encuentro, en cuanto llegó a su oficina, emitió un nombramiento de Inspector General de Faros a nombre de Fausto Delgado. Con ese cargo, dispondría de un ingreso más que suficiente para vivir decentemente.

Pasaron unos años; mi padre ya era capitán de navío antiguo y postulado para ascender a contraalmirante cuando se enteró de que la Marina había despedido a Fausto Delgado. Furioso, fue inmediatamente a ver al nuevo Jefe de Personal y lo increpó porque se habían atrevido a dar de baja a Fausto Delgado.

El Jefe le dijo: «La razón primordial es que, desde que usted lo nombró, no inspeccionó ningún faro». Papá, indignado, le contestó: «Yo no lo nombré para que inspeccionara ningún faro, sino porque es inadmisibile que un hombre como él esté pasando apuros».

El Jefe le respondió: «Comprendo su parecer, yo también lo admiro, pero la orden viene del Ministro de Marina, y no puedo hacer nada».

Mi padre dejó la Dirección del Personal y fue directamente al Ministerio donde, aunque no tenía cita previa, fue recibido en seguida por el Ministro. Cuando le informó la razón de su visita, el Ministro le repitió lo que ya le había dicho el Jefe del Personal Naval: que el Tte. Delgado no había visitado ni un solo faro.

Entonces, mi padre, en ese momento capitán de navío, le contestó: «Fausto Delgado es una leyenda viva en la Marina, y cualquier otro puede inspeccionar los faros. Cuando lo nombré, no esperaba que visitara ningún faro. La Marina no puede permitirse que un hombre de su envergadura se encuentre pasando penurias económicas. Señor Ministro, si no reintegra a Fausto Delgado a su cargo, ya puede darme de baja a mí también».

Fausto Delgado retomó su cargo y pudo vivir tranquilo el resto de su vida.

Cuando años después del episodio de la calle Florida me interesé por conocer algo más sobre Fausto Delgado, contacté a la Base de Ushuaia para preguntar sobre él, pero había pasado mucho tiempo, y no pudieron ayudarme.

Sin duda, fue un personaje con un inmenso coraje. Estuvo varios años destinado en Ushuaia, en aquella época, una de las zonas marítimas con mayor número de naufragios.

En una ocasión, recibió en la Base la llamada de socorro de un barco de pesca que se iba a pique al otro lado del Canal de Beagle, y los pescadores estaban tratando de refugiarse en unas rocas, pero no habían podido ponerse su ropa contra el frío extremo y necesitaban que los rescatasen.

Sin duda, fue un personaje con un inmenso coraje. Estuvo varios años destinado en Ushuaia, en aquella época, una de las zonas marítimas con mayor número de naufragios.

Pidió que le trajeran la embarcación de salvamento, pero le dijeron que estaba en dique seco, en reparaciones. Solicitó, entonces, que le dieran cualquier embarcación que le permitiera ir en auxilio de los naufragos, pero en ese momento no había nada en el puerto. Finalmente, encontró un pequeño velero con el cual se largó solo al rescate.

Al extremo del canal, había un cabo que no lograba superar, porque el viento fuerte y arrachado lo empujaba para atrás. Después de varias tentativas, regresó a la playa más cercana y escribió una nota que dejó en una botella que introdujo en un palo clavado en la arena de manera que se viera desde el agua. La nota decía: «El viento me ha rechazado cuatro veces y no me ha permitido pasar, pero esta será mi última tentativa: o paso o muero».

Logró pasar y, finalmente, llegó a la roca donde se habían refugiado los pescadores, a quienes encontró muertos por hipotermia. No podía llevar consigo todos los cadáveres que serían peso muerto en su pequeña embarcación, entonces decidió llevarse aquello que consideraba la parte más destacada del ser humano: cortó las cabezas y las llevó consigo para darles cristiana sepultura en Ushuaia.

Fausto Delgado no solo era un hombre de gran valentía, también era un incurable romántico. Luego de Ushuaia, su próximo destino fue como oficial de la fragata *Sarmiento*, que todos los años daba la vuelta al mundo con los cadetes de la última promoción. El barco zarpó de Buenos Aires e hizo escala en Ushuaia, luego en Punta Arenas y, a continuación, recaló en Valparaíso. Allí, en una de las recepciones, conoció a una multimillonaria que estaba dando la vuelta al mundo en su yate. Fue un enamoramiento a primera vista, y cuando la fragata zarpó, Fausto Delgado no estaba a bordo, se encontraba en el yate de su enamorada.

La *Sarmiento* siguió su travesía, que incluía un recorrido por el Mediterráneo. Al salir de él, hizo escala en Tánger y, para sorpresa de todos, se encontraron que en el muelle los estaba esperando Fausto Delgado quien, aparentemente, había roto con su millonaria.

Se reincorporó al barco y reasumió sus funciones, incluso hubo a bordo una confabulación de toda la tripulación de acallar el episodio de su escapada, pero al final se dieron cuenta de que no era posible, debido a la gran cantidad de gente que conocía el hecho.

De esta manera, en Buenos Aires, se le hizo un juicio y fue dado de baja de la Marina, aunque, considerando su prestigio, fue una baja honorable y con su pensión de teniente de fragata.

Finalmente, el *Boletín del Centro Naval* publicó, en ocasión de su fallecimiento, una nota de marinos ilustres, donde se habla del gran número de salvatajes que llevó a cabo en condiciones precarias y se publica la única foto que conozco. ■

Después de varias tentativas, regresó a la playa más cercana y escribió una nota que decía: «El viento me ha rechazado cuatro veces y no me ha permitido pasar, pero esta será mi última tentativa: o paso o muero».